

enterarme de todo lo que sale y entra en la casa.

— Son unos encajes.

Al decir esto volvió la cabeza hácia la puerta de la calle, en la cual debió ver algo, porque empujando entónces ella á Gertrúdis, dijo con notable precipitacion:

— Sí, sí; entraré; estoy cansada; el vaso de agua me sentará muy bien, y verá V. los encajes; son magníficos, es cosa muy rica.

Y apartó á Gertrúdis y se entró en la portería, pasando por delante de Miguel sin levantar los ojos.

Miguel la siguió con la mirada, y sin saber quién hablaba dentro de sí mismo, sintió como en el fondo de su alma una voz que le decía:

— «Parece que se esconde.»

Gertrúdis se quedó suspensa un instante, se mordió el labio inferior, y se entró en su chiribitil diciendo:

— Sí, veamos los encajes.

Al mismo tiempo se hacia con el pensamiento esta pregunta:

«¿Qué será.....?»

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
CAPÍTULO II. "ALFONSO REYES"
19do. 1625 MONTERREY, MEXICO

Malo..... Malo..... Malo.....

No se veian más que dos sillas en el *chiribitil* de la portera: sin duda alguna eran pocas, pero la verdad es que no cabian más; por consiguiente, no debemos atribuirlo á la escasez de sillas, sino á lo reducido del espacio.

Ademas habia sido preciso partir la miseria del terreno con otros dos muebles indispensables: eran éstos una pequeña mesa de pino blanco con honores de costurero, que servia á la señora Gertrúdis para hacer sus labores, principalmente para hacer calceta, por ser su labor favorita, y un armario estrecho y alto como la caja de un reloj, donde la portera tenía una bandeja con dos vasos, un papel con azúcar y una botella con

agua. La botella y los vasos pertenecían á esa raza de cristal que está tocando con el vidrio.

Algunas veces los ratones hubieran podido encontrar dentro del armario los restos seductores del almuerzo de la señora Gertrúdis, esto es, algunas migajas de pan y algunas cortezas de queso; pero la puerta del armario, maliciosamente entreabierta, podía dar paso de pronto á un enorme gato blanco y negro, que, insensible, por razones particulares, á los devaneos á que se entregan sus semejantes, se habia recluso voluntariamente en la portería, consagrando su vida á la persecucion de los ratones.

Semejante sorpresa, en medio de las delicias del banquete, hubiera sido para ellos un caso tan terrible como el del festin de Baltasar. Allí hubiera sido Troya, ó mejor dicho, allí hubiera sido Babilonia.

Más de un atrevido habia pagado ya con su vida el apetito desordenado con que los ratones aman al queso; y estas catástrofes, cuya sangrienta relacion debió correr de boca en boca, los hicieron más cautos, porque los

ratones, algo más avisados que los hombres, suelen escarmentar en cabeza ajena.

Sobre la pared, y enfrente de la pequeña puerta que daba entrada al *chiribitil*, dejaba ver sus rasgos confusos, más piadosos que bellos, una estampa de Santa Gertrúdis. Entre la puerta y el ventanillo, colgado de un clavo, pendía un espejo, en cuyo marco, de supuesta caoba, se encerraba un cristal fantástico, que alargaba los semblantes y ensanchaba las narices, torciendo á la vez las bocas y los ojos.

Quizá la señora Gertrúdis, que no era por cierto un prodigio de belleza, lo habria elegido así por pura coquetería; pues no pudiendo, al contemplarse en cualquier espejo, decir, como todas, «¡qué hermosa soy!», al mirarse en éste bien podía exclamar con certidumbre consoladora: «Bah..... yo no soy tan fea.»

Una vez dentro del *chiribitil*, abrió su armario, siempre entreabierto, llenó un vaso de agua, sumergiendo en ella un pilon de azúcar labrado, desnudándolo ántes de su funda de papel verde; al momento el agua comen-

zó á enturbiarse dulcemente, estallando en su superficie globos continuos de aire imperceptibles, que se escapaban del azúcar al deshacerse ésta en el fondo del vaso.

La señora Gertrúdis presentó la bandeja á Magdalena, la cual tomó el vaso con mano trémula, acercándolo tímidamente á sus labios, y el agua, sedienta de aquella boca fresca y sonrosada, menguó dos dedos en el vaso.

Por supuesto Miguel se habia quedado en el último peldaño de la escalera, inmóvil como una estatua y sin saber qué hacer, porque su voluntad, partida en dos voluntades, le decia por un lado «véte», y le decia por otro «espera.»

Las dos mujeres que acababan de entrar en la portería lo traian y lo llevaban de ese modo, la señora Gertrúdis empujándolo hácia la calle, y Magdalena deteniéndolo al pié de la escalera. Por primera vez de su vida sintió el deseo de ser invisible para no estar allí y no irse, esto es, para poder ver á la vecina sin que á él pudiera verlo la portera.

Aquel hubiera sido el tercer encuentro del *idilio*, en el que, despues de las primeras miradas y de las primeras sonrisas, hubieran venido las primeras pálabras; mas su imaginacion poética no habia contado con el inconveniente prosaico de la señora Gertrúdis; así es que miéntras no acertaba á decidir otra cosa, se entretenia en maldecirla porque le obligaba á irse, si bien allá en el fondo de su corazon la bendecia, porque al fin y al cabo Magdalena habia entrado allí en busca de la portera, y él habia podido verla de cuerpo entero; lo cual, por otra parte, no le hacia mucha gracia, en razon á que semejante visita era indicio seguro de que se conocian y se trataban al parecer con bastante intimidad, circunstancia que no le dejaria mostrarse afable y fino con la vecina, ni siquiera le sería permitido admirar su hermosura, sin exponerse á que la señora Gertrúdis lo supiera, y en tal caso estaba perdido, pues se obstinaria con su implacable sonrisa y su burla sobona en hacerle creer que se habia enamorado como un tonto, y sería cosa de matarla..... ¡Enamorado él!..... ¡Él, que habia ju-

rado solemnemente no enamorarse nunca!...

En cuanto á la inquietud de Magdalena, se la explicaba fácilmente, atribuyéndola á la sorpresa que debió causarle su presencia, cosa que le parecia muy natural, habiéndoselo encontrado allí cuando ménos lo esperaba; y á pesar de todos sus propósitos y de toda su filosofía, no le era desagradable haber sido causa de aquel efecto, en cuyo caso debemos inclinarnos á creer que lo creía, porque le agradaba.

Toda esa confusion de cosas se agitaba en su cabeza, cuando advirtió que era preciso decidirse; y echándole á la señora Gertrúdis la última maldicion, salió con aire indiferente..... tan indiferente, que se detuvo en el portal un instante, como quien calcula la direccion que debe seguir; instante que bastó á Magdalena para ver y áun medir el gallardo talle del *corrector de pruebas*.

—Vamos, dijo la portera, á tí te pasa algo..... cuéntame, hija mia, lo que te pasa.

—Mi madre, dijo la costurera bajando la cabeza, ha querido hoy que salga sola á casa

de la señora..... una señora marquesa que no sé cómo se llama.

—Y bien. ¿Qué mal hay en eso? preguntó la señora Gertrúdis.

—Es que.....

Magdalena se detuvo sin acabar la respuesta, y la portera preguntó de nuevo:

—¿Qué?

—Que..... mire V..... que el hombre de los ojos grises me persigue.

—¡Diantre!..... ¿Y quién es el hombre de los ojos grises?.....

—¡Ah!..... un caballero.

—¿Caballero tenemos?.....

—Sí; mi madre dice que es muy guapo y muy rico.

—¿Y cómo has conocido tú á ese hombre?

—¡Cómo!..... Pues si va á mi casa todos los dias.

—Ya.

—Mi madre le hace muchos agasajos.

—Sí, ¿eh?

—Sí señora.....

—¿Y tú qué haces?

— Yo quisiera esconderme..... quisiera huir.

— ¿Por qué?

— Porque ese hombre me da miedo.

— ¡Miedo!.....

— Miedo y vergüenza.

— ¿Y te escondes?

— No.

— ¿Huyes?

— Tampoco.

— No te entiendo.

— Es que mi madre no me deja huir y no me deja esconderme.

— Entonces..... ¿qué haces?

— Nada.

— Cuando no hacemos nada, dijo la señora Gertrúdis, no sabemos hacer cosa buena.

— Yo estoy allí.

— ¿Allí?

— Claro.

— Y bien.....

— Él habla.

— ¿De qué?

— De todo.

— ¡Mira qué hablador!

— Dice cosas muy raras.

— ¡Ave María!.....

— Como V. lo oye.

— ¿Y qué dice?

— ¡Oh!.....

— ¿Dice..... oh?.....

— Vaya..... es muy retumbante.

— Algo más dirá.

— Sí dice.

— ¿Qué?

— Antes de ayer, guiñándole un ojo á mi madre, me dijo: *Je t'ame*.

— ¿Y qué es eso?.....

— Eso es frances.

— ¡Frances!.....

— Sí.

— ¿Te diria en frances que eres hermosa?...

Eso es verdad.

— No. *Je t'ame* en frances, quiere decir yo te amo.

— Pues mintió en frances.

— Es claro.

— Y tú, ¿qué le contestaste?

— Yo le dije..... *N'est pas possible*.

— ¿Tambien en frances?

- Sí.
- Quedo enterada.
- *N'est pas possible* es, no es posible.
- ¡No es posible!..... Pues, hija mia, dijiste en frances una tontería, pudiendo haber dicho en español una gran cosa.
- ¿Qué cosa?
- Esta: «Caballero, por la puerta se va á la calle.» Así se habla en castellano.
- Eso quise decir.
- Sí..... pero no lo dijiste.
- Como estaba allí mi madre.....
- Tu madre no sabe frances.
- Es verdad.
- Y dime; cuando te dijo esa mentira, ¿le guiñó el ojo á tu madre?
- Sí señora.
- ¿Lo viste tú?
- Yo misma.
- Luego..... lo mirarias.....
- Lo miro sin querer mirarlo.
- *Malo*..... exclamó la señora Gertrúdis.
- Quiero decir, se apresuró á replicar Magdalena, que no lo miro con buenos ojos.

— Eso no es posible, hija mia, y vale más que no lo mires.

— Le aseguro á V. que no quisiera volver á verlo, que no quisiera haberlo visto nunca..... Cuando llama á la puerta lo conozco en el modo de llamar, y tiemblo; cuando se va respiro.

— ¿Y qué contestó tu madre á la seña de ese hombre?

— Cerró los ojos, apretándolos como quien dice: «Así, así; eso, eso.»

— Vamos á ver; y hoy ¿qué te ha sucedido?

— Hoy me han sucedido muchas cosas.

— Cuéntamelas.

— Pues mire V., esta mañana me hizo mi madre ir á casa de la Marquesa, que es una señora muy hermosa, que vive en una casa magnífica, y tiene muchos criados y gasta mucho lujo..... ¡Qué salones!..... ¡Qué alfombras!..... ¡Qué espejos!..... Su tocador es una cosa preciosa..... Junto al tocador tiene el cuarto del baño con dos grifos de bronce que parecen de oro, figurando dos amorcillos que aletean sobre dos ánforas, por donde cae el agua en una pila suntuosa de már-

mol blanco como la nieve, cruzado por venas de color de rosa; hay cuatro estatuas en los cuatro ángulos, que son Juno, Apolo, Vénus y Júpiter; el techo se cierra como una media naranja, y brilla con un resplandor azulado que parece el cielo. Yo no sé por dónde entra, pero se respira allí un aire tibio y perfumado como el de la primavera; hay jarrones con flores, una jardinera..... qué sé yo lo que hay allí..... Por supuesto, el pavimento es también de mármol, y hay además un gran espejo tan bien puesto, que la Marquesa puede verse perfectamente desde el baño..... La luz penetra por cristales de colores que dan á una galería, y bañan la estancia de modo que parece iluminada por el arco íris.

— ¡Hola, hola! exclamó la señora Gertrúdis, moviendo lentamente la cabeza. Advierto que todo eso te se ha grabado bien en la memoria.

— Ya lo creo, si aquello parece un rincón del cielo.

— Sí; pero vamos al grano. Fuiste á la casa de la Marquesa.

— Eso es; fuí á casa de la Marquesa á recoger estos encajes blancos para adornar un vestido azul..... La señora me recibió en su tocador, donde pude ver todo eso en un momento que me dejó sola. Al volver, traía en la mano la caja de los encajes, y examinándome atentamente de piés á cabeza, como si ántes no me hubiera visto bien, me dijo: «Tiene V. mi misma estatura y mis mismas carnes, y quiero ver el efecto de un traje, del cual no estoy completamente satisfecha.» Tiró de un cordón verde y blanco que caía por la pared junto al espejo, y sonó una campanilla que por el sonido parecía de plata, y en seguida apareció su doncella. Me hizo dejar el manto, y la doncella desató los cordones de mi bata. En un abrir y cerrar de ojos me vi envuelta en una nube de seda. Era un soberbio vestido de color de fuego, magníficamente velado por ondas de encaje negro..... Yo estaba avergonzada, sin saber adónde dirigir los ojos, pues por todas partes me veía, porque por todas partes había espejos. No contenta con esto, hizo echar sobre mis hombros desnudos un collar de perlas. Se retiró

algunos pasos para contemplarme á su sabor, y dijo: «Muy bien..... no hay nada que pedirle..... es de un gran efecto y á V. le cae admirablemente; está V. con él hermosísima.» Y mirándome más, añadía: «Muy hermosa, muy hermosa. Es lástima que no la vean á V., porque volvería V. loco á medio mundo; mas espere V. un momento»; y salió. Yo me creí sola, porque, mire V., señora Gertrúdis, me olvidé de la doncella, y sin poderlo remediar empecé á mirarme, ya en un espejo, ya en otro, ya en todos á la vez..... Vamos, estaba loca..... me miraba como si yo fuera otra..... Me veía más alta, más blanca, más rubia, más..... más todo. Los espejos me sonreían, y es que yo..... mire V. qué tonta, sin darme cuenta de ello, me sonreía también. Tan embebida estaba en verme y en mirarme, que no advertí que la Marquesa había vuelto, y que detenida en el quicio de la puerta, me observaba en silencio; detras de la Marquesa y por encima de sus hombros, asomaba otra cabeza que al pronto no distinguí bien.

No perdía palabra la portera escuchando

atentamente el relato de Magdalena, y ésta prosiguió:

—Al verlos no pude contenerme y dí un grito.

—¡Un grito! exclamó la señora Gertrúdis..... ¡Un grito! ¿por qué?

—Porque la cabeza se adelantó y la distinguí claramente.

—¡Jesus! ¿Y de quién era esa cabeza?

—¿De quién?..... Aciértelo V.

—¿Qué sé yo, hija mia?..... Hay una cabeza muy nombrada, que debe ser horrible, porque asusta mucho á los ojos que la ven..... Se llama..... la cabeza de..... de.....

Magdalena, más instruida, cayó en la cuenta, y dijo:

—Sí, *la cabeza de Medusa*.

—Cabal..... esa misma..... ¿Fué *la cabeza de Medusa* la que viste?

—No.

—Entonces.....

—Fué la cabeza del hombre de los ojos grises.

—¿Y qué hacía allí ese caballero?

—Toma, estaba en su casa.